

La calle para el jueves 26 de junio de 2008
Diario de un espectador
Oda de junio
por miguel ángel granados chapa

Junio fue el mes favorito del poeta Carlos Pellicer, uno de los grandes de nuestra literatura. A ese mes que en este año está por terminar, dedicó varios poemas y más de un libro. Su predilección se hizo manifiesta desde muy temprano pues la Oda de junio fue escrita en 1924 y aparece en uno de los primeros poemarios del autor tabasqueño.

Pellicer era un manantial poético, cuya obra fluía sin cesar. En 1994, el Fondo de cultura económica publicó “el conjunto, tentativamente completo, de la poesía de Pellicer”. Para él, dice su editor, “la gracia humana y la gracia divina no estaban separadas; en todo veía la maravilla del ser y la fascinación de la eternidad en el presente; su escritura trajo estas alegrías al paisaje poético mexicano de nuestro tiempo. Al reunir su obra poética —de tan accidentada trayectoria editorial— es posible al fin poner las cosas en su sitio; no era justo que la poesía pelliceriana permaneciera dispersa e inasible al gran público; desde que se ha iniciado la sistemática edición y publicación de los libros de Pellicer, esta situación ha venido mitigándose. Este libro permite el reencuentro del gran público con uno de los poetas mexicanos más entrañables y asombrosos de nuestro siglo”.

La Oda de junio está dedicada a Antonio Caso, el gran filósofo y maestro de la juventud mexicana. La inspiró una jornada deportiva en el Estadio nacional, que se alzaba donde después fue construido el multifamiliar Juárez, en el extremo sur de la colonia Roma, conjunto habitacional que se vino abajo en el sismo de 1985. El poema esta presidido por un epígrafe tomado de Nemeas, de Píndaro, que dice así:

“Y un pueblo a quien deleita la armadura, / y el corcel de batalla y de carrera,/también le da por cifra su ventura/ en las coronas de oro, oliva y flores,/premio de los olímpicos sudores”.

Dice así la Oda de junio:

“Para soplar bocinas gigantescas/ que anuncien a la raza en grito nuevo/ solar de ritmo en que la gloria crezca./ Para sentir el pie solemne o ágil/ y el brazo abierto y esculpido el torso/ y el corazón más bello y menos frágil./ Para anudar el viento en la carrera, alzar la sangre y desdoblar la pista,/ la gloria izar, magnífica y primera./ Para poder, para cantar, para decir, para danzar./ Salta oh sangre en la elipse de los juegos/ y arquéate alegórica y ligera/ como agua victoriosa que echa su voz al fuego./ Vuela, oh sangre, en tu giro planetario/ acrecentando en delirante gozo/ las dinámicas gradas del estadio./ Sude el pueblo el sudor de las coronas/ por el laurel que maduró en el gajo/ la sangre de la tierra que la abona./

“La corpulenta agilidad alíe/ vencedora belleza en el combate,/ bronceado roble en que la luz sonríe./ En el arco angular de una carrera/ velocidades de fugaces quiebres/ el sol aclarará con luz entera./ Danzad, oh cuerpos,/ en la arista del invisible ritmo de diamante/ que la luz de la danza geometriza./ Danzad, que la figura entona/ en las desnudas telas de la danza/ el florido color de las coronas/. Rosas para teñir la frente nueva,/ rosas para las manos que adelgazan/ arpas al aire en que la luz se mueva./ Raza de guerras, pueblo de matanza, aligérate de armas y amargura,/ que la alegría es fe y el amor esperanza./ Cantad el himno de alegría,/ de la inmensa alegría que rodará en estrofas sobrehumanas/ sobre las pautas de la gradería./ Venga la raza a cincelar su fuerza/ ‘que en cuerpo hermoso reinará noble alma’;/ que la pereza hipócrita se tuerza./ ¡Y se abrirán los días como el alba/ para todas las almas, y otra fuerza, / fuerza nueva y espíritu que ama,/ encenderá sobre la frente nueva/ la profética luz de violencia y de fuerza de las próximas almas!”.

Tendremos tiempo en este mes predilecto de Pellicer de seguir leyendo sus poemas, su Horas de junio.